

del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tédio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta Quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir. Casóla con Don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es (prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares) la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este quadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.



## CAPITULO V.

*De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.*

Despues que la Ortiz, sus compañeras y yo oimos esta historia, salimos de la sala, donde dexamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos el resto del dia en varias diversiones, sin cansarse la una de la otra; y quando partimos al dia siguiente, fue tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos íntimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomamos luego una casa noblemente alhajada, y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos acordado, se comenzó á llamar Doña Ximena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una dama y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun quarto desocupado, y habiéndola respondido que sí, la enseñaron uno bastantemente adornado. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó una mesada del arriendo,

expresando que era para un sobrino suyo, que venia de Toledo á estudiar á Salamanca, y le esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dexaron concertado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose las cejas con el mismo color, se disfrazó de suerte que parecia un señorito joven, garboso y desembarazado; y á no ser que la cara era demasíadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso el disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos á que tampoco ésta representaría mal su papel, asi porque no era de las más hermosas, como por cierto ayre de despejo, y aun de descaro, que era muy propio del personage que la tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es en la posada de caballeros, ellas y yo nos dirigimos allá. Entramos en una carroza con los baules y toda la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agrado, y nos conduxo á nuestro quarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar, y en lo que la habíamos de pagar, quedando el buen trato de su cuenta. Preguntámosla despues si tenia en

ca-

la casa otros huéspedes. Al presente, respondió, ninguno tengo, y siempre tendria muchos si quisiese recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito señoritos y personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á acabar aquí sus estudios. Llámase Don Luis Pacheco, y acaso le conocerán Vmds. ó habrán oido hablar bien. Ni uno ni otro, respondió Aurora; y antes bien habiendo de vivir con él en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es, por lo que podria importar para mi gobierno. Señor, repuso la huéspedica mirando al mentido estudiante, es un caballero de linda figura, ni mas ni menos como la vuestra; y desde luego aseguro que los dos pareceis hechos para en uno. Vive diez, que podré gloriarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y mas airosos de toda España. Segun eso (replicó mi ama) ese tal caballero habrá tenido en Salamanca mil aventuras y buenos lances. ¡Oh! en quanto á eso (respondió la vieja) debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta dexarse ver para conquistar. Entre otras robó el corazon de una dama moza, y bella como ella sola. Es hija de un viejo Doctor en Leyes, y en quanto á su amor por Don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es Doña Isabel. Pero dígame (la interrumpió Aurora con alguna viveza) ¿y Don Luis la corresponde igualmente? Que la amaba antes que partiese á Madrid (respondió

la

la Ramirez) no tiene duda; pero si ahora la ama ó no la ama, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballero en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apénas acababa la viuda de decir estas palabras, quando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vimos á dos hombres que se apeaban. Eran el mismo Don Luis Pacheco y su criado. Dexónos la vieja para ir á recibirlos, y dispúsose mi ama, no sin alguna emocion, á representar su personaje de Don Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro quarto á Don Luis con botas y espuelas, en traje de camino. Acabo de saber (dixo saludando á Doña Aurora) que un caballero Tolledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el singularísimo gusto que he tenido de lograr baxo un mismo techo tan buena compañía. Mientras respondia mi ama á este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba sorprendido de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien hecho. Despues de varios discursos acompañados de mil recíprocos cortesanos cumplimientos, se retiró Don Luis al quarto que se le habia destinado.

Miéntas se hacia quitar las botas y mudaba ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á Doña Aurora.

Aurora en la escalera, y teniéndola por Don Luis, á quien no conoçia: caballero, le dixo, aunque no conozco al Señor Don Luis Pacheco, no juzgo que debo preguntar á V. S. si lo es, y estoy persuadido á que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con admirable presencia de espíritu; seguramente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Partió el page; y cerrándose Aurora en su quarto con su criada y conmigo, leimos el papel, que decia así: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca. Alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amáis todavía á vuestra Isabel? Aseguradla quanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de gusto si la dais el consuelo de haberla sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dixo Aurora, y muestra una alma absolutamente prendada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; ántes bien me parece que debo hacer todo lo posible para desprenderla de Don Luis, haciendo quanto pueda para que él no la vuelva á ver. La empresa es un poco árdua (lo confieso) mas no desconfio salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: yo me obligo á ver embrollados á los dos en menos de veinte y quatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco reposado un poco en su quarto, volvió á buscar-

nos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar. Caballero (la dixo en tono de zumba) creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar sobrada inquietud. Yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga Vmd. (le respondió mi ama en el mismo tono) su temor no está mal fundado. Don Felix de Mendoza es un poco temible, así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en este pais, y sé por experiencia, que en él no son insensibles las mugeres. Habrá un mes que transité por Salamanca, detúveme en ella no más que ocho dias, y en este breve tiempo (os lo digo en toda confianza) inflamé á la hija de un Doctor en Leyes.

Conocí que se habia turbado Don Luis al oír estas palabras. ¿Y se podrá saber sin pasar por curioso (replicó él prontamente) el nombre de esta dama? ¿Qué llama Vmd. sin pasar por curioso? repuso el fingido Don Felix. ¿Qué razon puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esta injusticia. Además de que (hablando entre los dos) el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas entidades de media braga, y aun creen que las hacen mucho honor en quitarlas el crédito. Direos, pues, sin ceremonia, que la hija del tal

tal Doctor se llama Isabel. ¿Y el tal Doctor (interrumpió impaciente ya Pacheco) se llama acaso el Señor Marcos de la Llana? Justamente (respondió mi ama). Lea Vmd. este papel que acabo de recibir: por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos Don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entonces Aurora en ayre de admirada. Parece que se os muda el color. Creo (Dios me lo perdone) que os interesais en esta dama. ¡Oh, y cuánto me pesa de haber hablado con tan poca reserva!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó Don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡La pérdida! ¡La inconstante! ¡Oh, Don Felix, y cuánto bien me habeis hecho! Habeisme sacado de un error en que quizá hubiera vivido largo tiempo. Creia que me amaba: ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Me merecia algun aprecio esta muchacha; pero veo ahora que es una muger digna de todo mi desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dixo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un Doctor en Leyes debiera contentarse y tenerse por muy dichosa en que fuese su amante un caballero de tanto mérito como vos. No puedo excusar su inconstancia; y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, resuelvo castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mi toca, dixo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será toda

mi venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza. Con todo, para hacerla conocer mejor el desprecio con que la tratamos, sería yo de parecer que cada uno de los dos la escribiéramos separadamente un papel que la insultase á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su billete. Mas antes de llegar á este extremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto con Isabel. No, no (interrumpió Don Luis) no espero tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente en obra lo que hemos pensado.

Sin perder tiempo fuí yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy lisonjeros para la hija del Doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces tan fuertes que le contentasen para explicar quanto deseaba la viveza de su irritada imaginacion; y así hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenía razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reyna mia, y no tengas la vanidad de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que un momento. Solamente puedes aspirar á los in-*  
cien-

*ciensos que te tributarán las hopalandas mas miserables de la Universidad.* Escribió, pues, esta graciosa carta, y quando Aurora acabó el suyo (que no era menos excesivo) los cerró entrambos baxo una cubierta, y entregándome el pliego: toma Gil Blas, me dixo, y procura que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí, señor, le respondí: será V. S. servido como desea.

Responderle esto, hacerle una reverencia y salir de casa todo fue uno. Luego que me ví en la calle me dixe á mí mismo: con que, Señor Gil Blas, Vmd. en esta comedia hace el importante papel de criado confidente? Sí señor. Pues amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El Señor Don Felix se contentó con hacerte una seña. Fióse de tu penetracion. ¿Entendiste bien lo que aquella guiñada queria decir? Sí por cierto. Quísome dar á entender que entregase solamente el billete de Don Luis. No significaba otra cosa la gitanesca guiñadura. No tuve en esto la menor duda; con que diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del Doctor Marcos, habiéndome antes informado donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pagecito que habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dixe, ¿seréis vos por fortuna el criado de la hija del Señor Doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono  
de

de mozo experto en estos lanzes; y yo le añadí: teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al próximo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero que conoce.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pagecillo; y apenas le respondí que era Don Luis Pacheco, quando todo regocijado me respondió: ¡ah! si el papel es de ese señorito, sígueme, que tengo orden de mi ama de introducirte en su quarto, y quiere hablarte. Seguile en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dexó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto jamás facciones mas finas. Tenia cierto ayre tan delicado y melindroso que parecia una niña de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma, sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de Don Luis Pacheco? Sí señora (la respondí) tres semanas há que entré á servir á su Señoría; y diciendo esto la puse respetuosamente en la mano el papel que se me habia encomendado. Leyóle dos ó tres veces, en ademan de quien desconfiaba de lo que sus mismos ojos la decian. Con efecto, ninguna cosa esperaba menos que semejante respuesta. Levantaba los ojos al cielo, mordíase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazon. Volvióse despues hácia mí con ímpetu, y toda azorada me preguntó: ¿Don Luis se ha vuel-

vuelto loco desde que se ausentó de mí? Dime, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento? ¿Qué demonio se ha apoderado de él? Si queria romper conmigo, ¿es posible que no lo supo hacer sino ultrajándome con tan groseras y torpes frases?

Señora, la respondí con hipocresía, es cierto que mi amo no ha tenido razon; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me asegurais el secreto yo os descubriré todo este enredo. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente. No temas que te sacrifique; y así explícate con toda libertad. Pues, señora, continué yo: hé aquí el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama de tapadillo, cubierta con un manto de los mas dobles. Preguntó por el señor Pacheco, hablóse en particular y pasado algun tiempo, al fin de la conversacion la oí estas precisas palabras: *me jurais que nunca la volvereis á ver; pero no me contento con esto. Es menester que en este punto la escribais un billete que yo misma quiero dictar. Esto quiero absolutamente de vos.* Rindióse Don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el billete, me dixo: toma este papel, infórmate donde vive el Doctor Marcos de la Llana, y procura con destreza que esta carta se entregue á su hija Isabel en propia mano.

De aquí inferireis, señora, que la tal carta es

es obra de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡Oh cielos! exclamó ella. Pues esto es mas aun de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas y ultrajantes palabras que se atrevió á escribir aquella bárbara mano. Pero revistiéndose de repente de aquella fiereza que en una muger despreciada infunde la vengativa sensibilidad del sexô, añadió despechada: abandónese en buen hora libremente á la ingratitud y á su nuevo amor. Nada me importa: no me estimo en tan poco que me abata á perturbarle. Decidle de mi parte que no necesitaba echar mano de groserias y de insultos para obligarme á dexar libre el campo á mi competidora. Me sobra el desprecio con que miro á un amante tan ligero, para que jamas se atreva la memoria á ponérmele delante. Diciendo esto me despidió, volviéndome las espaldas muy irritada contra Don Luis.

Yo salí muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré á los señores Mendoza y Pacheco, que estaban cenando juntos, y conversaban con tanta confianza como si se hubieran tratado y conocido muchos años. Conoció Aurora en mí alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dixo en tono festivo. Ea, danos cuenta del

su-

suceso de tu embaxada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dixe que habia entregado el pliego en mano propia; que despues de haber leído los dos dulcísimos y ternísimos papeles prorrumpió en grandes carcajadas como una loca, diciendo, por vida mia que los dos señoritos escriben en un bellissimo estilo. No se puede negar que nadie sabe imitarlo. Eso (dixo mi ama) se llama *sacar el caballo ó salir del atolladero con grande ayre*. En verdad que la tal señora mia es una chula magistral y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á Doña Isabel (interrumpió Don Luis): la tenia por muy otra. Yo tambien (replicó Aurora) habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer todos los papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Así es, respondí yo introduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mismo diablo, y faltó poco para que me engañase tambien á mí.

Dieron grandes carcajadas el falso Mendoza y el verdadero Pacheco quando me oyeron hablar de esta manera; el uno por lo que yo decia de una dama imaginaria, y el otro por las expresiones de que usaba. Proseguimos nuestra conversacion sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y la resulta de todos nuestros discursos fue que Isabel quedó

TOMO II.

L

le-

78 *Las Aventuras de Gil Blas.*

legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamás la volveria á ver , y Don Felix , á su exemplo , juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas estrecháron mas su amistad , prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato , diciendo cosas graciosísimas , y despues se separáron para irse á dormir cada qual á su quarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo donde dí fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del Doctor , sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Gil Blas , me dixo , tu ingenio y habilidad me tienen encantada Quando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas , es gran fortuna lograr un criado tan advertido y tan ingenioso como tú , que tomas verdadero interes en nuestros asuntos. Animo, pues , amigo mio. Nos hemos desembarazado de una muger que podía hacernos mal tercio. No me descontenta el principio. Pero como los lances de amor están sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que quanto ántes acometámos nuestra idea aventura , y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento , y dexando al señor Don Felix con su page me retiré al quarto donde tenia mi cama.

CA-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO